



Disección de la esperanza

Una playa durante la pleamar, ilustración del libro *El mundo físico* de A. Guillemin



Federico Vite

A MI ANSIA SÓLO HE SUMADO EL TEMOR de que otra mujer me abandone. Poseo una ventana y desde ella contemplo los adoquines austeros de una calle que pueblan las putas. Por la madrugada, escucho el trajín de los tacones, el adiós definitivo al negocio de la carne. Hay momentos en los que el silencio es tan fuerte que la oscuridad se aplasta contra mi rostro. Ese instante es clave: ahí tomo posesión de mi soledad.

Prefiero no escuchar música; el ruido de mis pensamientos es amplio y con regularidad me convence de que soñar destruye. Sabía que vivir cansa y sentir duele. Ahora sólo agrego a esos ejes de mi vida que la esperanza paraliza. Espero una señal para no seguir entre las sombras de una promesa.

Decidí vivir lejos de Acapulco para cambiar; pero el puerto es el que realmente se ha transformado: es turbulento, ominoso y atroz. Queda poco de aquel muchacho que dormía bajo la sombra de un almendro en los veranos cálidos, aún lo recuerdo; sé que soñaba con el amor y la vida festiva. Recorría las calles de Acapulco por las noches presumiendo su indigencia. Se unió a noctámbulos, un ramillete de euforias encarnadas, interesados todos ellos en agotar su existencia en múltiples juergas. Caminaba de noche para acostumbrarse a lo negro. Alguien debió preguntarle para qué gastaba sus zapatos junto al silencio. Y desde esta ventana, cuando se enciende la luz de una casa vecina, el fantasma de aquel muchacho descubre la sombra de dos amantes uniendo sus cuerpos. Baja la mirada.

Recobro mi soledad y sonrío al recordar estancias amorosas en la suavidad tropical de Costa Azul; el agrio sabor de una cama en Guanajuato, la crueldad de un hotel en Cuernavaca, el dolor cervical de una cabaña en Veracruz. Detengo la lista de fracasos

porque el viento arrastra la basura en la calle; temo perder mis despojos emocionales. Suspiro. Habito ruinas desde hace años; destellos de alegría que no duran más de dos meses. Eventualmente uso el alcohol para anestesiarme. Hoy también he bebido. No podría estar en esta ventana sobrio y con esperanza. A veces de verdad creo que vine a esta ciudad a morirme. Giro la cabeza evitando el eco de la confesión que acabo de hacer en voz alta. No quiero pensar en eso: fallecer lejos del mar no es mi intención. Descubro sobre mi mesa el mapa de la bahía de Acapulco. Hace un mes nadé en el Pacífico. Asistí a fogatas en las playas, fiestas con fuego amoldado al cuerpo de mujeres negras. No soy ese muchacho que pensaba salir del puerto con un traje de marino en el buque Cuauhtémoc y viajó con ese atuendo por unos meses. No sirvió de nada conocer Panamá en el 94. Regresó con la sensación de naufrago en la sangre. Tal vez ahí decidiera enamorarse por cuarta vez en Acapulco. Pero, ahora, empiezo a desprenderme de ese hombre que posee su soledad y enciende un cigarro. Mira su teléfono celular; lo aprieta con las manos. Cierra los ojos. Porque no avisa si vendrá, piensa que escucha y esa voz que le habla es la del fantasma de aquel muchacho. Posee un tono grave y el acento es notoriamente más costeño. Suave incluso. Es la expresión de alguien con ansia de vida. El que escucha abre los ojos y marca una serie de dígitos en el Nokia. Al otro lado de la línea el milagro de la comunicación no se consume. Un buzón, dice, otra vez un buzón. ¿Es tan complicado mandar un mensaje? Frota su sexo para no olvidar el motor que ha fabricado jadeos suaves, voces de carne sobre carne que culminan en un quejido delgado, casi blanco de tan honesto. La nostalgia de aquella piel descompone la nocturnidad del momento.

Me siento el hombre de en medio, quien concilia al fantasma de aquel muchacho y a este hombre

hundido en su ansia y el conocimiento de la soledad. Soy el que recupera la inutilidad de la esperanza, el que puede proponer otra pérdida, pero esta vez con seriedad irreparable. Me uno a ellos, los dejo atrás, quizá sobre mis hombros, para echar otro vistazo a la calle. Tiro la colilla del cigarro. Los faros de un auto muestran el impacto del filtro contra el piso. Respiro con fuerza, pero cada vez es más complicado tener aire. Es absurdo sentirse mal por alguien a quien ni siquiera le inspiras el mismo sentimiento que una postal bonita, decorada con frases hechas y corazones bombeando sentimentalismo. No hay motivos para estar así. Intento controlar esa emoción, pero es imposible opacar el recuerdo del fantasma de aquel muchacho. Él, sentado en una banca, escucha *All that she wants* en su walkman cuando la dulce Gabriela presume su escote amplio y las piernas rotundas frente a él. Se observan, pero el sentimiento de él es mucho más fuerte. Ella sonríe; se sabe deseada. Pero no habrá sexo entre ellos. Horas después ella le dirá que no está segura de sus sentimientos. Se harán amigos; ella se casará con un tipo que la abandonará dos años más tarde. Pero ese muchacho, antes de llorar en la orilla de Caleta, dibujará un corazón en su mano y le dará una gran mordida. No supo qué hacer con su dolor, salvo lastimarse para sentirse vivo. Y este hombre, el que vuelve a sentir el frío con el viento, de nuevo posa la vista en la pantalla de su celular. No hay adiós ni hola para esta madrugada. Proyecta en su mente imágenes dignas de una película romántica. Escucha *Sunflower* de Henry Mancini; las velas de su comedor alumbran dos platos e igual número de copas con vino. Pensó que sería una cena especial: pero ella se presentó con amigos para anunciarle que se llevaría sus cosas. Más tarde sabría que uno de esos amigos era el novio de Rossetta y ese tipo la abandonaría tres meses después. Ahora, ese hombre que mira la ventana de la soledad

ilusamente cree que Amalia llegará a casa. No ha entendido que todas las mujeres de su pasado sólo buscaron amantes, alguien que reparara las heridas de otros patanes tan viles como él, el que espera una señal observando el cielo de su teléfono celular.

Ninguno de los hombres que me constituyen debería pensar en el pasado. No pueden vivir con el fracaso en sus espaldas. Me pongo de nueva cuenta ante ellos para recordarles que no deben ilusionarse con nadie, pero deben creer que pueden cambiar la maquinaria del destino. Deben ser hombres sin adjetivos. No supieron si el amor de su vida había llegado, si lo perdieron. Aún no saben si la prisa que tenían por llenar su corazón árido era una revelación temprana de la muerte. Conocieron el dolor, la traición y el fracaso. Esto es la vida, digo en voz alta y recupero la estatura moral del presente. Mañana por la tarde debo tomar un avión rumbo a Holanda. Trato de repetir el nombre de la mujer que prometió acompañarme al viaje. No puedo. Me sorprende el llanto cuando intento decir que hay historias de amor afortunadas. Me contengo, porque si lloramos el fantasma de aquel muchacho, el hombre que aprende de su soledad y yo, esto no acabará bien. Quédate hoy, Federico. Me repito para agrupar a esas tres personas que soy: no tomes decisiones apresuradas. Voy a la cocina por una cerveza. Bebo con brío. Sé que debo encender la computadora y poner un poco de música. Necesito dejar que la noche me haga perder el sentimentalismo. Destapo una Bohemia más. Regreso a mi cuarto. Creo que para reflexiones sinceras es necesaria la oscuridad. Decido apagar mi lámpara. Antes de poner una canción, vuelvo a observar la calle. Doy un trago a la cerveza. Parte del alba comienza a iluminar el pedazo de cielo que me toca. Suspiro. Sigo al frente de los fantasmas que me constituyen. No esperes nada, Federico, no esperes a nadie. Si alguien ha de estar contigo no será porque ofrezcas dar el primer paso. Caminarán juntos. Se dirán, si es que hay

palabras, he llegado a donde quería. Si no es así, si la estancia más sencilla ha sido distanciarse, se trataba de muchachas, de chicas que le han pasado mal y se acercan a ti sólo porque sabes más o menos soportar la belleza. Si se queda contigo será una mujer, alguien que aprecie en sueños la ternura de una broma tuya, las cartas que desde noches atrás le has regalado. No esperes nada: guarda el ansia. No esperes a nadie: vive perdiéndolo todo, pero vive, no seas tan cobarde ni huyas del animal triste que siempre has sido. Ensaya tu soledad, Federico, sin aspavientos. Es ahí cuando sé que la razón es importante, cuando la necesidad de dialogar con uno mismo es tan difícil, pero necesaria. Nuevamente suspiro. Recobro la tranquilidad que no me caracteriza. Y la ventana sólo me permite restaurar el ánimo para destapar la siguiente cerveza, porque el alcohol es consejero de los que van a las batallas, alivia el suplicio de los que se encaminan a la muerte y relaja detenidamente el goce de los que aún piensan en el amor como un río donde uno se baña dos veces. Me gustaría tener una lámpara en el pecho para encenderla en este momento, quisiera atraer luciérnagas, promesas de luz que se acercan creyendo en el sol de un amanecer sobresaliente. Decido poner una canción. Necesito algo fuerte para comenzar el día con sueños. Escojo *Everybody wants to rule the world* en mi computadora. Escucho: "Welcome to your life/ There's no turning back/ Even while sleep/ We will find you". Aviento el celular a la cama. Bailo. Sólo me tengo a mí y de mí dispongo. Decido guardar la bondad de una promesa; espero esa presencia de lo bello que nos hace sentir un árbol bañado por la dicción hermosa de la luz. Ansío tomar la mano de la mujer amada. Canto: "We will find you". Danzo con todas mis fuerzas. Veo mi maleta. Pienso en la cantidad de pantalones y camisas que le caben. Será fácil empacar. Sé que es buen momento de prepararme para un largo viaje. ▀

